



¿Quién cambiará el mundo?

Sólo por la crisis climática y la destrucción de la naturaleza a causa de nuestra forma de vida, podemos asegurar que el proyecto de sociedad del capitalismo fracasó, amén de la desigualdad, la miseria y la barbarie que despliega contra la humanidad misma. Dentro de poco no habrá en el planeta vida humana, y acaso de ningún tipo, a menos que cambiemos radicalmente nuestra forma de vivir, de producir y relacionarnos unos con otros y con la naturaleza. Este cambio, sin embargo, es tarea de un sujeto concreto, de un ser humano que comprenda la debacle y encarne las fuerzas y la voluntad necesarias para construir, a partir de las ruinas del capitalismo, una humanidad mejor y capaz de restaurar sus nexos simbióticos con la naturaleza. Pero, en medio de esta sociedad suicida ¿existe un sujeto así?

Hay que reconocer que el sujeto es él mismo un producto social y cultural, es decir, está moldeado por las propias fuerzas destructivas que amenazan la vida en el planeta. ¿Qué tipo de sujeto ha forjado esta sociedad en más de tres décadas de neoliberalismo? Los otros modelos no han sido más humanos, pero el neoliberalismo ha llevado la explotación de los hombres y la naturaleza hasta niveles inimaginables: como el hecho de obligar a algunos a vender sus órganos para subsistir; o peor, a vender un riñón para comprarse un

videojuego de última generación. En un mundo plagado de miseria material, la peor miseria, sin embargo, es la del espíritu, alienado por la industria cultural.

Y ese mundo de la industria cultural ha naturalizado las prácticas de control y de sometimiento hasta el punto que pasan ante nuestros ojos como si fueran la última producción de Hollywood. Antonio Caballero, por ejemplo, ridiculizaba recientemente la doble moral de muchos presidentes que, ante las revelaciones de Edward Snowden, exagente de la CIA, se indignaban por el espionaje que realizaba Estados Unidos contra todos los países y ciudadanos del mundo, cuando ellos mismos practican en sus países un espionaje furibundo contra todos. Pero Caballero, en su cinismo mordaz, terminaba por naturalizar dicha práctica, pues, según él, “todos los gobiernos del mundo han espiado siempre a los demás, y a sus propios ciudadanos también. Todos los ciudadanos se han espiado también los unos a los otros”.

La naturalización del espionaje entre gobiernos y entre ciudadanos no es más que un reflejo del espíritu individualista y competitivo promovido por el capitalismo y exacerbado por el neoliberalismo; pues, ante la desigualdad y la injusticia extrema que provocan, no queda otro camino para mantener los privilegios de los

poderosos que robustecer el control material y espiritual sobre los oprimidos. Y en esa tarea más que el espionaje incluso, es efectiva la introyección de dicho control y vigilancia en el sujeto a través de la promoción de realities show como El Desafío o Protagonistas de Novela, que logran sacar en la competencia lo peor de cada persona.

Así, la masa es “formada” a través de los programas de farándula en la televisión (entre ellos los noticieros), “porque quien no sale en la Red no es nadie, no existe”, y las telenovelas que exaltan la “virtud”, la sagacidad y el coraje de los carniceros de la talla de los Castaños, Pablo Escobar y muchos capos más, entre los cuales no demora en aparecer el expresidente Uribe Vélez, que ya se ganó el título de colombiano ejemplar.

Todo esto termina materializándose en la desconfianza mutua, en la necesidad de vigilar permanentemente al otro. Es este un sujeto incapaz de la vida en comunidad, de pensar en el bien común y construir sueños con los otros. Y por eso, este es un mundo en donde las relaciones transparentes y sinceras no tienen lugar; la amistad, por ejemplo, es un lujo escaso, porque hoy todo está atravesado por la lógica mercantil.

Y este tipo de prácticas promovidas por el neoliberalismo, en Colombia, cuna del neoliberalismo más abyecto, la llevó a sus expresiones más bárbaras el gobierno de Uribe Vélez, cuando el actual presidente, Juan Manuel Santos, era ministro de defensa. Entonces promovieron la política, que aún hoy se mantiene, de recompensas para los informantes que colaboraran con las fuerzas represivas del Estado. Así nos convirtieron a todos en sospechosos, o de ser guerrilleros o de ser informantes, y sembraron en la vida cotidiana la desconfianza más atroz. La bestialidad más grande que tal propuesta desató se manifestó en las filas de la propia insurgencia, tal y como buscaba el gobierno, cuando un guerrillero asesinó a su comandante y a su compañera, y les cortó el brazo para ofrecer el muñón al Ejército como trofeo, para poder reclamar la recompensa.

Todo parecía un triunfo del gobierno y de su estrategia, muy celebrado por el hoy presidente de la república Juan Manuel Santos. Pero era una catástrofe para la humanidad. Una sociedad que puede promover este tipo de actos tiene que estar enferma, aunque para la lógica capitalista parezca muy normal. Tal política fue promovida y defendida públicamente por el presidente, con poca oposición; por lo demás, el acto de salvajismo tendría que haber sacudido a la sociedad

colombiana con un debate estruendoso, pero no fue así; ante la falsa dicotomía de si el tipo merecía una recompensa o debía ser castigado como cualquier otro asesino, la llamada opinión pública enmudeció, sembrada en la perplejidad.

De la misma raíz, aunque menos vistosos, son los problemas dentro de los sindicatos, donde las luchas intestinas entre fuerzas de izquierda han entretenido a sus integrantes, mientras la empresa hace de las suyas, y, lo peor, le han allanado el camino, con alianzas espurias, a la derecha para instalarse cómodamente en tales organizaciones. Lo mismo puede decirse del Polo Democrático Alternativo, donde las pugnas internas por encabezar listas al Congreso o a la Presidencia han terminado deshilachándolo. Y ni qué decir de las ONGs. Algunas de ellas efectivamente nacieron como formas de resistencia frente a las dictaduras, pero hoy son mendigos de la cooperación internacional, y a cambio de las limosnas realizan la tarea de desmovilizar y cooptar a las comunidades.

Ese es el sujeto engendrado por la organización capitalista de la producción en los últimos tiempos. Y de entre esa masa adormilada y cómoda tiene que erigirse, no obstante, el sujeto que enfrentará la tarea de transformar radicalmente el sistema, pues no podemos esperar seres de otros mundos, impolutos. Todo lo anterior deja claro que en el camino de la transformación social el primer paso y el más urgente es la transformación del sujeto mismo. Y, como decía Paulo Freire, nadie puede formar a nadie, pero, al mismo tiempo, nadie se forma solo; por tanto, esta transformación sólo puede lograrse a partir de un despliegue consciente del movimiento social y popular en esa dirección.

No implica esto que las tareas de transformar las condiciones materiales y el entorno político tengan que esperar a que haya un sujeto humano sólidamente constituido. Al contrario, ese sujeto se construye justo en las acciones con las que, al lado de otros y otras, transforma su mundo; y es en estas acciones colectivas o comunitarias donde puede aprenderse de nuevo la solidaridad en toda su dimensión política y humana.

Aquí es donde los procesos de educación popular, de comunicación popular y de investigación participativa juegan un papel fundamental. Ellos son indispensables para que los individuos y las comunidades asuman la conciencia crítica de sus problemáticas, el sentido de sus acciones cotidianas y de sus apuestas políticas con los otros, de tal manera que hagan conciencia de sus

posibilidades y limitaciones en cada contexto histórico concreto. Es decir, mediante este proceso se hace conciencia de la necesidad y la posibilidad de proyectos colectivos que apuntan hacia una vida buena en comunidad, que ha sido siempre una aspiración legítima de la humanidad, expresada en las diferentes culturas.

Esta conciencia, además, tiene que ser una conciencia de clase, es decir, la conciencia de la opresión generalizada que obliga al sujeto a trabajar colectivamente, a formar un bloque popular para enfrentar al opresor a la vez que cada individuo, con la ayuda del colectivo, enfrenta la opresión que ha introyectado como segunda naturaleza. Y esta conciencia de clase hoy tiene que ser a la vez una conciencia ambiental, que tome en cuenta que la emancipación del ser humano no puede darse mientras mantenga la opresión y el yugo sobre la naturaleza.

Estos procesos no pueden desarrollarse, por otra parte, por fuera del contexto de las comunidades, como generalmente se hace, ni irrumpir en sus cotidianidades como algo extraño a ellas, que incluso les obliga a abandonar sus propias tareas vitales; más bien, debe integrarse en ellas como algo consustancial a sus vidas, sin lo cual se empobrecería su existencia. Y este propósito puede cumplirse a cabalidad si recibe el impulso de las grandes plataformas que articulan las diversas manifestaciones del movimiento social, en donde se integran las organizaciones que todavía hoy resisten al capitalismo. Son ellas las que logran aunar la fuerza y los recursos suficientes que les permitan posicionar la práctica

de la investigación, la educación y la comunicación populares como procesos de fortalecimiento organizativo, a partir de la formación de los individuos como sujetos políticos, y del involucramiento desde sus cotidianidades de quienes hasta ahora, por su misma constitución subjetiva o por la falta de claridad en la acción de las organizaciones, permanecen reacios a ellas.

Para ello, el sujeto tendrá que asumir una nueva racionalidad y un nuevo ethos, en donde, al lado de los esquemas del conocimiento con que Europa nos ha colonizado, aparezcan las formas de conocimiento y sensibilidad desarrolladas por las culturas amerindias y africanas que nos han sido legadas. Ello implica no una renuncia a la racionalidad occidental sino una complementación a partir de otras formas de la experiencia, despreciadas por Occidente, pero eficazmente cultivadas en este otro lado del océano, en donde la naturaleza tiene sus propios espíritus que orientan, cuidan y alimentan al humano cuando éste se dispone a escucharlos y a dejarse guiar, y cuando abandona su pretensión de dominio sobre todo lo que existe, cuando le permita a la naturaleza ser, más allá de la utilidad que pueda prestarle a la humanidad. Cuando permite que su dimensión sentipensante, como lo expusiera el maestro Fals Borda, guie su praxis hacia la igualdad social, la pluralidad cultural y el equilibrio con la naturaleza, desde una sensibilidad nueva y desde la recuperación de la capacidad de experiencia que nos ha sido arrebatada por la instrumentalización capitalista. **C**



Mural de Diego Rivera